

Globalización del espacio y espacio de la globalización. Notas críticas y comparativas sobre la experiencia espacial de la modernidad.

Joaquin Benitez.

Cita:

Joaquin Benitez (2011). *Globalización del espacio y espacio de la globalización. Notas críticas y comparativas sobre la experiencia espacial de la modernidad. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/227>

**GLOBALIZACION DEL ESPACIO Y ESPACIO DE LA GLOBALIZACION.
Notas críticas y comparativas sobre la experiencia espacial de la
modernidad.**

Joaquín Benítez
(FSOC – UBA)
Joaquin.a.benitez@gmail.com

Abstract: Un diagnóstico en el que coinciden diversos autores es en la aparición de un conjunto complejo de fenómenos que hacen necesario volver a pensar la relación entre la sociedad y el espacio que ésta produce y ocupa. A pesar de la diversidad de miradas sobre este problema, una y otra vez son invocados fenómenos de expansión o contracción espacial, desligamiento de las relaciones sociales de los contextos de presencia y la aparición de nuevos medios de comunicación masiva de alcance planetario para indicar lo profundas y dramáticas que serían las transformaciones que la globalización plantea sobre la experiencia espacial de la modernidad. Las mismas son apreciadas de forma pesimista, como instancias en las que los sujetos pierden toda capacidad de representación e integración de los lugares que circulan y habitan.

En el presente trabajo nos proponemos realizar un análisis crítico y comparativo entre las concepciones propuestas sobre el espacio en la teoría social clásica y las teorías de la globalización, interrogándonos por el rol que estas problemáticas ocupan en el andamiaje teórico de estos autores, la supuesta novedad de los transformaciones descritas y la pertinencia teórica de los conceptos propuestos para explicar la espacialidad social contemporánea.

Palabras clave: Sociedad - Espacio – modernidad - globalización – lugar

Una lectura de la bibliografía de la globalización encuentra que ésta se halla ligada a la aparición de nuevas tecnologías y prácticas que estarían encogiendo el planeta: nuevos medios de comunicación y transporte que enlazan con puntos distantes, sucesos políticos y económicos ocurridos en regiones lejanas afectando nuestra vida cotidiana, productos producidos en regiones lejanas o típicos de países que no hemos visitado jamás son consumidos todos los días. Transformaciones que tienden a presentarse de forma pesimista con relatos impresionistas en los que los sujetos parecen habitar en un espacio fragmentado y despojado de sentido que es producido “desde arriba” por una espacialidad global que invade y amenaza con destruir cualquier rastro de lo que el barrio, el terruño o la localidad alguna vez fue.

Pero sin embargo el siglo XIX también representó una época en la que regiones distantes eran unidas por efecto del capital y la industria. Mientras el telégrafo, los ferrocarriles, la navegación a vapor y la prensa escrita hacían de este mundo uno más pequeño, los Estado-nación competían por posiciones privilegiadas en el naciente mercado mundial y se hacían con colonias lejanas de las que extraer materias primas y en las que colocar luego los productos de su industria. Sin

embargo, algo que no se revela de forma tan evidente al leer a la sociología clásica es una reflexión en torno al significado y carácter colectivo que el espacio podría tener en general y la experiencia espacial de la modernidad en particular. Parecería que los padres fundadores no tenían un interés real en esta problemática en virtud las escasas páginas que le dedicaron. Estos temas, cuando son revisados, están más relacionados con trabajos que tocan temas referentes a la ciudad y la fascinación que les producían la densidad y el dinamismo urbano.

En el presente trabajo nos proponemos, recorrer la obra de algunos de los principales autores de la teoría sociológica clásica junto con algunos de los principales teóricos de la globalización con el fin de explorar como se conceptualiza la cuestión de la espacialidad social. Nos guiarán en este trabajo la pregunta sobre el lugar que ocuparía el concepto de espacio social en el andamiaje teórico de estos autores y entender como resuelven la cuestión de la articulación entre una sociedad y el espacio que ocupa y se representa. No nos preguntaremos por las transformaciones que la globalización podría implicar en la espacialidad de las sociedades contemporáneas, sino que nos preguntamos por cómo es conceptualizado el espacio y las transformaciones que implicaría la globalización en la experiencia de la modernidad.

CONCEPTUALIZACIONES DE LA ESPACIALIDAD SOCIAL EN LA TEORIA SOCIAL CLASICA

Ninguno de los padres fundadores de la teoría sociológica ha dedicado un esfuerzo activo de conceptualización a la relación entre espacio y sociedad. Esto, que no deja de ser sorprendente, no quiere decir que tangencial o implícitamente no hayan abordado el tema (Zieleniec, 2007). Es posible rastrear en ellos algunos elementos que pueden servir para fundar una sociología del espacio, proyecto al que aportarían de forma desigual en virtud de sus estilos e intereses propios. No pretendemos realmente hacer un estudio acabado y completo sobre la espacialidad en estos autores. El mismo implicaría un esfuerzo de que trasciende los límites y objetivos del presente trabajo. Sin embargo, nos resulta necesario señalar algunos puntos si queremos realizar algún tipo de desarrollo comparativo entre estos autores fundamentales y los que nosotros entendemos y definimos como teóricos de la globalización. Nuestro objetivo aquí será solamente probar que esta temática está presente en la sociología clásica, aunque sea tan sólo de forma fragmentaria y dispersa, y proveer elementos para una comparación que permita entender qué es novedoso y qué no lo es en las teorías de la globalización.

Si decimos que el espacio es una de las dimensiones de la vida cotidiana que sufren una mayor transformación con la modernidad (transformaciones y experiencias sobre las que volveremos más adelante), los cambios que la globalización implique en la modernidad tienen necesariamente como correlato un cambio o transformación en la experiencia espacial de todo sujeto que habite en la modernidad.

A continuación repasaremos las obras de Karl Marx, Émile Durkheim y Georg Simmel. Esta selección no es menos arbitraria que otras, aunque se haya construido a partir de un principio de relevancia con el estudio que nos proponemos. La ausencia de Weber puede ser sorprendente, pero se responde señalando que nos ha resultado difícil encontrar indicios de una conceptualización del espacio como resultante social en la obra de Weber. En *La Ciudad* (1987), Weber se propone realizar un estudio comparativo sobre las ciudades orientales y occidentales, pero aquí no hay una teoría urbana: sus observaciones se sostienen a partir de la utilización casi compulsivas del método comparativo y no son válidas más que para coordenadas espacio-temporales muy precisas (Ramos Torre, 2001). Pero deberíamos señalar que existirían también elementos de espacialidad en las obras relacionadas con el desarrollo de la esfera pública y privada y de la organización racional burocrática en el moderno Estado-nación (Zieleniec, 2007).

Condiciones materiales de producción del espacio en la obra de Marx.

La pertinencia del pensamiento de Marx para la fundación de una sociología del espacio es algo que se puede constatar en los trabajos de la escuela francesa de sociología urbana durante la década del '60 y '70. Lefebvre (1991), Castells (1999) o Harvey (2007), han escrito sobre el espacio adhiriendo íntegramente a la tradición marxista. Que Marx no haya reflexionado explícitamente en como la espacialidad social condiciona las relaciones sociales no tiene importancia: como veremos a continuación, Marx ha dejado todo un reguero de pistas que hace posible una reconstrucción de su posición.

Si uno realiza un recorrido por las reconstrucciones históricas que Marx realiza en *La ideología alemana* (2004), se encuentra con que todos los grandes avances en la división social del trabajo y todo cambio en la forma de la propiedad llevan aparejadas alguna transformación en la expresión espacial de la sociedad. Las relaciones sociales de producción se espacializan en las distintas etapas de la división del trabajo y se expresan de forma diversa según las distintas formas que adquiere la propiedad.

La división del trabajo se hallaba muy poco desarrollada y la producción se limitaba a la caza, la pesca y a lo sumo la agricultura durante esa primera etapa caracterizada por la propiedad tribal. Aquí los hombres se encontraban desperdigados por el mundo en pequeños grupos. Será durante la segunda etapa correspondiente a la propiedad comunal donde múltiples tribus se unirán para formar una ciudad y donde por primera vez hallamos una expresión en el espacio: es en esta etapa donde aparece la oposición entre ciudad y campo, entre vida urbana y vida rural, una oposición que marca el paso “del régimen tribal al Estado, de la localidad a la nación, y se mantiene a lo largo de toda la historia de la civilización hasta llegar a nuestros días” (Ibíd.: 49). Dentro de una nación dada, Marx entiende que la división del trabajo se expresa por un lado en la ciudad realizando actividades industriales y comerciales y, por el otro, el campo realizando el trabajo agrícola. La ciudad es lugar y causa de la aparición, por

primera vez, de dos grandes clases sociales ya que la misma “es la expresión más palmaria del sometimiento del individuo a la división del trabajo, a una determinada actividad que le viene impuesta, sometimiento que convierte a unos en limitados animales urbanos y a otros en limitados animales rústicos, reproduciendo diariamente esta división de intereses” (Ibíd.: 49-50).

Las formas de propiedad poseen también una organización espacial como punto de partida y otra como expresión preferencial de sus tensiones y contradicciones: si el régimen comunal implicaba la aparición de la ciudad y de la necesidad de una organización política comunal, el régimen feudal partirá del campo y de una población escasa y diseminada, pero a su vez, creara nuevas ciudades a partir de siervos de la gleba devenidos en hombres libres y bajo una nueva forma de organización. No hay aquí todavía una división entre los trabajadores que formaban parte de un mismo gremio ni existía tampoco la separación entre industria y comercio.

Es esta última separación la que hará posible extender el comercio a más allá de los alrededores inmediatos, poniendo en contacto ciudades distantes y fundando entre ellas lazos de interdependencia económica a medida que estas se especializan en alguna rama. Especialización que les permite a las ciudades desarrollar manufacturas que exceden el marco de producción del régimen gremial, lo que, a su vez, implicó un cambio en las relaciones de propiedad. La manufactura y el comercio terminan de dar forma a la alta burguesía mientras los gremios se convertían lentamente en pequeña burguesía y se sometían a la dominación de los comerciantes. Hay aquí dos momentos que pueden ser distinguidos: un primer momento, en que las naciones actúan bajo un régimen de protección, más preocupadas en emplear a las cada vez mayores poblaciones urbanas y en proteger las limitadas reservas de metales, y un segundo momento en el que el comercio y la navegación se desarrollan de forma más rápida que la manufactura, aparecen las colonias como importantes mercados de consumidores y de forma lenta y despereja, comienza a conformarse un mercado mundial en el que las naciones luchan para tomar posición.

Finalmente, la gran industria hace su aparición en Inglaterra y es la que termina de derribar las barreras espaciales, dándole forma a los medios de comunicación y al mercado mundial, traspasando barreras arancelarias, creando el sistema monetario y centralizando los capitales. En el *Manifiesto comunista* (Marx y Engels, 2004) podemos encontrar una descripción esquemática de este proceso de nacimiento de la gran industria. Pero aquí hay dos efectos del espacio que no estaban contemplados en *La ideología alemana*: el primero es la densidad de la masa obrera como producto de las necesidades productivas de la burguesía. Talleres enormes aglutinan a masas de obreros asalariados y es esta cercanía, esta densidad espacial una de las precondiciones para la construcción de una conciencia de clase. El segundo efecto es la aparición de medios de comunicación y transporte construidos por la gran industria para la distribución de mercancías son una herramienta fundamental para acercar a los obreros de todo el mundo, transformando las luchas locales en luchas nacionales.

Con la transición a un modo de producción capitalista la concentración del trabajo, los medios de producción, la circulación y el consumo hicieron de la ciudad la forma espacial predominante y un centro de gobierno, comercio, educación, arte y finanzas. La ciudad medieval debió sufrir transformaciones estructurales para acomodar la gran industria y el rápido crecimiento de la población. Se entiende así que la abolición de la antítesis entre ciudad y campo es una condición necesaria para el cambio social (Marx, 2004), debido a que la separación entre campo y ciudad es otra forma de pensar la separación entre capital y propiedad de la tierra y entre trabajo físico e intelectual. “La abolición de la antítesis entre la ciudad y el campo es una de las primeras condiciones para la comunidad” (Marx, 2004: 50), porque abolir esta antítesis es abolir la propiedad privada.

Los conceptos de cambio y conflicto, centrales en la obra de Marx, se encuentran así imbricados con el de espacio en la medida que uno y otro alteran la expresión espacial de una sociedad y al tiempo que se convierten estos ordenamientos espaciales en parte de esas condiciones histórica y materialmente heredadas a las que los hombres deben hacer frente para realizar su historia. Marx ya había detectado que el capitalismo implicaba la aparición fuerzas poderosas que revolucionarían la experiencia espacial, que se expresarían de forma violenta y traumática.

El espacio como Morfología social y categoría del pensamiento en la obra de Durkheim

Resulta muy interesante pensar que “la formulación durkheimiana dejó abierta una puerta hacia lo espacial apenas explorada por la sociología posterior (muy particular la francesa). [...] La Morfología Social integraba lo territorial y confería al espacio, en tanto producto social, un estatuto no marginal en la estructuración de las solidaridades sociales” (Martínez y López, 2002: 9). Interés que se puede encontrar no sólo a lo largo de toda la obra durkheimiana, sino también en los trabajos de algunos de los más reconocidos miembros del círculo de *L'Année Sociologique*. Como ejemplo, podemos señalar a Maurice Halwachs quien siempre se vio atraído por esta temática dedicó gran parte de su obra a ella y el ensayo escrito por Marcel Mauss sobre los patrones migratorios de los esquimales en el marco de la disputa sobre el determinismo ambiental (ver *infra*).

Martínez y López (2002) distinguen cuatro etapas o momentos en el pensamiento de Durkheim en torno a la problemática del espacio y la morfología social. Aquí, son especialmente relevantes para nuestra problemática el segundo y cuarto momento, porque revisten características originales sobre las que deseamos explayarnos¹.

La segunda momento parte de *Las reglas de método sociológico* (Durkheim, 1982), es donde finalmente aparece el concepto de morfología social. Aquí las “maneras de hacer, son de orden fisiológico. Ahora bien, hay también maneras de ser colectivas; es decir, hechos sociales de orden anatómico o morfológico” (Ibíd.:

40). Estos forman parte del sustrato de la vida colectiva y se caracterizan como formas de hacer que se imponen al individuo tanto como los hechos sociales de orden fisiológico, pues no se tratan más que de maneras de hacer consolidadas. Más adelante, en el capítulo V, la morfología social se vuelve una pieza clave en la explicación de la sociedad que no puede ser ignorada en la medida que “sean susceptibles de ejercer una acción sobre el curso de los fenómenos sociales” (Ibíd.: 115). Es interesante que aquí Durkheim señala que esta materia es aquello sobre lo que actúan las fuerzas vivas de la sociedad, es decir las cosas que forman parte del medio social interno, pero que ocupan un rol pasivo dentro del mismo: no son por sí mismas origen de cambio en el sentido de “fuerza viva”, son más bien condicionantes a la dirección y velocidad de la evolución social. “Si la población se amontona en nuestras ciudades en lugar de dispersarse por los campos, es porque hay una corriente de opinión, un impulso colectivo que impone a los individuos esta concentración” (Durkheim, 1982: 33).

La cuarta etapa reviste un carácter especialmente novedoso para nuestro interés, porque es aquí donde Durkheim se pregunta ya no por las expresiones que adquiere en el terreno los fenómenos de densidad y dinámica social o la relación entre la sociedad y su “ambiente”. Aquí el concepto de espacio no está imbricado con aquellas “cosas” del medio social interno, sino se encuentra relacionado con creencias, representaciones sociales y cuestiones cargadas de un matiz cognitivo. Es en la introducción a *Las formas elementales de la vida religiosa* (2003), en el segundo apartado que se encuentra bajo el título “Sociología religiosa y teoría del conocimiento” donde Durkheim se propone discutir con Kant el carácter social de las categorías de espacio y tiempo. La hipótesis que Durkheim plantea sostiene que el espacio y el tiempo, como toda categoría ordenadora del pensamiento tienen un origen religiosos y como tal participan “de la naturaleza común a todos los hechos religiosos: deben ser, ellas también, realidades sociales, productos del pensamiento colectivo” (Ibíd.: 38). Contra lo que discute aquí el sociólogo francés es con la idea kantiana de un espacio “pura y absolutamente homogéneo” (Ibíd.: 40), con la imposibilidad cognitiva que éste implica. Sucede que el espacio, para ser aprehendido, necesita de discontinuidad, necesita estar dividido y diferenciado para que los individuos puedan situar las cosas. Ahora bien, estas divisiones tienen su origen en “valores afectivos que se atribuyen a religiones” (Ibíd.: 41) comunes a todos los individuos de una sociedad y que son distintas entre civilizaciones diversas. Son las diversas instituciones de una sociedad y la forma en que están constituidas y organizadas las que dan formas a representaciones colectivas que no pueden deducirse de las representaciones individuales, que poseen una existencia sui generis. Estas representaciones no son la suma de representaciones individuales: resulta imposible deducir de lo individual aquello que para Durkheim es de carácter colectivo. Son, por el contrario, resultantes de una cooperación extendida en el tiempo donde han convergido la experiencia de varias generaciones y que terminan por conformar una intelectualidad que sobrepasa la necesidad de un conocimiento empírico del espacio. El hombre, el cual se encuentra atravesado por una existencia individual y otra colectiva no puede ser reducido a su naturaleza orgánica e inmediata: en la medida en que

forma parte de una sociedad, participa en un orden de pensamiento mayor que no puede ser reducido a la experiencia individual.

Las sociedades necesitan compartir a su interior la misma espacialidad, “pues si no se entendieran en todo momento sobre estas ideas esenciales, si no tuvieran una concepción homogénea del tiempo, del espacio, de la causa, del número, etc., se volvería imposible todo acuerdo entre las inteligencias y, consiguientemente, toda vida en común” (Ibíd.: 50). Existe una necesidad moral de que los miembros de una sociedad internalicen estas categorías en la medida en que son condiciones necesarias de cualquier vida intelectual. Lo interesante es que a diferencia de la conceptualización del hecho social morfológico, que encontrábamos en *Las reglas del método sociológico* (1982) como una exterioridad que es impuesta al individuo, las categorías actúan aquí desde nuestra interioridad y se nos presentan como elementos que no pueden estar ausentes de nuestro pensamiento si queremos para el mismo coherencia alguna. Así, los fenómenos ligados con las representaciones espaciales resultan ser más sutiles a la hora de ser impuestos a los individuos, pues se revisten de una falsa voluntariedad.

La sociología del espacio simmeliana y la metrópolis como espacio de la modernidad

La sociología del espacio de Simmel forma parte de un proyecto inacabado sobre una geometría social a partir de los conceptos de espacio, tiempo y número con el fin de comprender las precondiciones formales que hacen posible la sociedad (Frisby en Simmel et al., 1997). Existen diversos trabajos en los que se explora este concepto desde perspectivas sociológicas, filosóficas y estéticas, pero hay dos textos fundamentales traducidos al castellano que permiten acercarse a su teoría del espacio social: “El espacio y la sociedad” en *Sociología. Estudio sobre las formas de socialización* (Simmel, 1977: Cap.9) y “La metrópolis y la vida mental” (Simmel, 1986). El sociólogo alemán se caracteriza por ser, de aquellos teóricos clásicos el que más ha escrito y ha desarrollado más el carácter social del espacio.

Antes de adentrarnos en ellos, es necesaria hacer algunas aclaraciones sobre los mismos. El capítulo 9 de la Gran Sociología, como casi todos los capítulos de esta obra, no pretenden construir una teoría sobre los distintos temas que presentan, sino por el contrario, se tratan más de bien una suma de proposiciones y de exploraciones sobre la vida colectiva cuya influencia penetra en varias esferas sociales (Frisby, 1990). En suma, lo que queremos apuntar es que a pesar de toda la extensión que Simmel dedica al tema, no pueden estos textos tomarse como una teoría general del espacio a la manera que se propondrán algunos autores posteriores, como por ejemplo Henri Lefebvre (1991).

Aquí el espacio se torna social en la medida que se encuentren en él dos o más personas para entrar en acción recíproca. Es en ese momento en el que el espacio “aparece lleno y animado” (Simmel, 1977: 645), en el que el espacio se

torna una actividad, una producción exclusiva de factores espirituales que se expresan en una forma que en sí misma no produce efecto alguno. Para Simmel “Lo que tiene importancia social no es el espacio, sino el eslabonamiento de y conexión de las partes del espacio, producido por factores espirituales” (Ibíd.: 644) en la medida en que la acción recíproca transforma ese vacío en un lleno. Existen en estas formas espaciales de lo social una serie de cualidades básicas que deben ser tenidas en cuenta al estudiar la vida comunitaria: a) la exclusividad del espacio, b) sus límites, c) la ubicación de las formas sociales en el espacio, d) la proximidad y la distancia y e) el desplazamiento.

La exclusividad del espacio refiere a ciertos tipos de ocupación del espacio social. Existen asociaciones que necesitan ocupar un espacio y hacerlo enteramente propio (como por ejemplo, el Estado) y otras que no establecen “ninguna relación íntima con el espacio” (Ibíd.: 647) y pueden compartir (por ejemplo, La Iglesia Católica). Esta característica le sirve a Simmel para explicar porque la influencia política, económica y cultural de una ciudad no se acaba en sus límites geográficos.

El espacio es divisible en la medida en que se hace necesaria su explotación, al tiempo que el espacio es seccionado y ocupado por grupos sociales se establece el fenómeno del límite social. Lo que conforma este límite es siempre la “cristalización o especialización de los procesos que actúan en los límites anímicos” (Ibíd.: 652) de una acción recíproca. En suma, “El límite no es un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con una forma espacial” (Ibídem.). Siempre es una cuestión a estudiar sociológicamente la estrechez o la amplitud del espacio delimitado por el marco: este acarrea consecuencias para las acciones que se gestan en su interior.

Otro aspecto de los efectos del espacio en las formaciones sociales es la fijación de los contenidos que éste hace posible y que se manifiesta en dos fenómenos: el punto de rotación y la individualización del lugar. El primero sucede cuando un objeto que reviste un particular interés social es fijado en algún punto en el espacio, gestando formas de relación en rededor de este objeto. El segundo fenómeno se trata de la expresión en la esfera el espacio, de la contraposición entre individuo y sociedad. En la medida en que, por ejemplo, se le aplica un nombre a una casa y se la localiza a partir de él y no por su numeración, se está insertando dicha casa en un mundo espacial cualitativamente determinado a partir del cual adquiere una existencia individual independiente.

La proximidad y la distancia en la que se llevan a cabo las interacciones recíprocas también son un condicionante de toda asociación en la medida en que la relación espacial modifica todas las demás relaciones. Dadas las mismas condiciones, es la capacidad de abstracción de los individuos lo que define las posibilidades de una socialización de estirarse en el espacio. Capacidad que está vinculada al desarrollo intelectual de los individuos inmersos en esta socialización. Así “cuanto más primitiva sea la conciencia, más incapaz será de representarse como pertenecientes a la comunidad a los individuos separados de ella por el

espacio, o como ajenos a la comunidad a los que se hallan, espacialmente próximos” (Simmel, 1977: 671-672).

Y finalmente, es el movimiento, la posibilidad de migrar de un espacio a otro, el quinto aspecto que debe ser analizado, ya que en el deambular cotidiano se dan enormes posibilidades para la interacción, pues “las determinantes espaciales de la existencia de un grupo o del individuo están en un fluir constante” (Frisby, 2007: 219)

“La metrópolis y la vida mental” (Simmel, 1986) no sólo es un texto fundamental en la historia de la sociología urbana, sino que aquí puede encontrarse una sociología del espacio que se encuentra articulada con su teoría de la modernidad como ya había sido expuesta en la *Filosofía del dinero* (1976). Como bien señala Frisby (2007), para reconstruir una sociología urbana simmeliana sería necesario abrir el abanico a todo un conjunto de textos que versan sobre cuestiones que Simmel consideraba fundamentales de la vida urbana y que apenas son referidos en esta conferencia como son la moda, la tragedia de la cultura o el ensayo sobre la exposición de arte y oficios que tuvo lugar en Berlín de 1896. Lo interesante y novedoso de este texto es que aquí se analiza el efecto de la espacialidad de la modernidad y las grandes ciudades en los contenidos individuales y colectivos de la vida.

La ciudad es el espacio en que se dan una serie de fenómenos del que es tanto causa como efecto. En primer lugar Simmel, como ya antes lo había hecho Marx, funda el espacio de la modernidad a partir de la separación y la confrontación con el espacio de la vida rural. La metrópolis, es decir las grandes ciudades, presentan una serie de fenómenos que la separan y la contraponen a las pequeñas ciudades y las regiones rurales en el tipo individual y colectivo que generan. Simmel considerará la ciudad, y no la empresa industrial o la organización racional, como el lugar clave en el que se expresa la modernidad (Frisby en Simmel et al., 10) en la medida que la misma se caracteriza por la circulación individuos y mercancías y la forma particular que en ella se concentran las esferas de la circulación, el intercambio y el consumo. Debido a que la economía monetaria y la división del trabajo alcanzan su máximo desarrollo dentro de sus límites, el intercambio adquiere aquí una densidad y una importancia que no tienen en el ámbito rural: la autoproducción típica del ámbito campesino es extremadamente rara en la ciudad, donde se produce casi exclusivamente para el mercado. Productor y consumidor rara vez se encuentran como tales, de modo que los intereses de ambos se contraponen de forma despiadada y las relaciones personales del campo o el pueblo son reemplazadas por el cálculo de intereses y la lucha entre los hombres. El tamaño de la ciudad junto con la competencia que en ella se produce para obtener desde el mercado la satisfacción de todas las necesidades, es lo que mueve al individuo a especializarse en la prestación que otorga en el mercado.

Esta división del trabajo trae consigo la preponderancia del espíritu objetivo sobre el subjetivo, pues “las grandes ciudades son los auténticos escenarios de esta cultura que crece por encima de todo lo personal” (Simmel, 1986: 260). Los

gigantescos avances que los hombres han realizado en todas las áreas se han separado y enfrentado a la atrofia de la personalidad individual y a la cada vez mayor especialización de la vida moderna, de modo que las obras de los hombres desarrollan entonces su propia lógica de producción que no se condice necesariamente con la lógica de desarrollo de los sujetos. Es aquí más que en ningún otro lado donde encontramos la tragedia de la cultura:

“En tanto que la gran urbe crea precisamente estas condiciones psicológicas (a cada paso por la calle, con el tempo y las multiplicidades de la vida económica, profesional, social), produce ya en los fundamentos sensoriales de la vida anímica, en el quantum de consciencia que ésta nos exige a causa de nuestra organización como seres de la diferencia, una profunda oposición frente a la pequeña ciudad y la vida del campo, con el ritmo de su imagen senso-espiritual de la vida que fluye más lenta, más habitual y más regular” (Ibíd.: 248).

Los efectos de la ciudad no sólo afectan a la vida colectiva, la psicología y la percepción de los individuos que habitan la ciudad producen un tipo muy distintivo. Los individuos se hallan en las ciudades expuestos a un constante bombardeo de “impresiones internas y externas” (Ibíd.: 247), al tiempo que establecen cotidianamente numerosos intercambios con individuos de diversos círculos sociales. Frente a la presión ejercida por estos estímulos, el urbanita desarrolla toda una gama de mecanismos necesarios para la defensa de su personalidad, como la reserva, la actitud *blasé*, el cálculo y la racionalidad. Al mismo tiempo, la multitud de la ciudad permite un relajamiento de unidad interna del grupo que confiere a los individuos una libertad de desarrollo personal que no se puede en sociedades más pequeñas con fuertes y estrechos lazos sociales. La cercanía física de la ciudad se acompaña con una distancia espiritual que tiene efecto de conferir una libertad de movimiento acompañada por una sensación de soledad y abandono.

“Son las condiciones de la ciudad las que para este rasgo esencial son tanto causa como efecto. Las relaciones y asuntos del urbanita típico acostumbran a ser tan variados y complicados, esto es, por la aglomeración de tantos hombres con intereses tan diferenciados se encadenan entre sí sus relaciones y acciones en un organismo tan polinómico, que sin la más exacta puntualidad en el cumplimiento de las obligaciones y prestaciones, el todo se derrumbaría en un caos inextricable” (Ibíd.: 250).

A su vez, los efectos de la ciudad no se circunscriben exclusivamente a los límites de la ciudad. La ciudad, como el hombre, “no finaliza con las fronteras de su cuerpo” (Ibíd.: 257). Curiosamente, los efectos de la espacialidad urbana alcanzan mucho más allá de los estrechos límites metropolitanos.

La visión clásica del espacio. Algunos apuntes finales.

Terminado este breve recorrido, podemos finalmente tomar algunos apuntes sobre cómo es pensado el espacio en su sentido social por algunos autores clásicos.

En primer aspecto, y es quizás el más obvio, es que todo espacio humano es socialmente producido. Las ciudades, los Estados-nación y las calles son el producto, entre otras cosas, de prácticas, discursos y representaciones de carácter colectivo. El desarrollo de las esferas económicas, políticas o culturales puede producir cambios en la administración espacial de una sociedad, cambio que puede no ser deseado, controlado o carecer de conflicto.

La organización espacial que produce un grupo social cualquiera, retroalimenta sobre éste y establece condiciones de posibilidad a su interior. El espacio heredado es algo con lo que todas las generaciones deben lidiar, en el sentido que puede llegar a establecer la dirección o la intensidad del cambio como apuntaba Durkheim (1987). A partir de estos dos primeros aspectos es que vemos que en los clásicos, el espacio puede ser a un tiempo causa y efecto de fenómenos sociales. Un buen ejemplo es la metrópolis ya que no es unilateralmente el espacio de la ciudad lo que produce la economía monetaria, por el contrario, es un complejo juego en el que estos dos elementos se combinan y unos actúan como causa y efecto de otros.

Finalmente, el espacio de una sociedad no sólo es una realidad física y material, sino también intelectual en la medida que afecta aquellas categorías con las que ordenamos nuestras percepciones. Simmel y Durkheim, a pesar de sus diferencias, hubieran estado de acuerdo en que los lugares que habitamos y transitamos no son una mera externalidad que no llegan a afectar nuestra vida psíquica e intelectual. Por el contrario, la misma es profundamente afectada por nuestros recorridos y los intercambios que realizamos con los individuos con los que nos encontramos día a día.

Podemos ver también que en la teoría social clásica la modernidad encontraba en la ciudad un lugar privilegiado en el que llevar sus tendencias a su grado máximo. El tamaño y la densidad de las relaciones que allí se manifiestan eran un factor que no dejaba de sorprender y fascinar a los teóricos sociales del siglo XIX. También es interesante remarcar que los efectos de la ciudad eran entendidos como algo que se extendía mucho más allá de los límites de ésta. Los intercambios que la ciudad realizaba con el campo, y la posición de ventaja que mantenía sobre éste, le otorgaban una poderosa influencia sobre ámbitos no urbanos.

CONCEPTUALIZACIONES DEL ESPACIO EN TIEMPOS DE LA GLOBALIZACION

No deja de ser interesante que no pocos autores encuentran necesario, para pensar las transformaciones que implicaría la globalización, reflexionar nuevamente sobre la modernidad y, hasta incluso, reescribir una teoría propia que dé cuenta de los cambios recientes, al tiempo que pongan a los mismos en el

contexto más amplio de la modernidad. Tres ejemplos claros son Zigmunt Bauman, Anthony Giddens y David Harvey.

Giddens: distanciamiento y desanclaje de las relaciones cara a cara.

Anthony Giddens considera que existe una relación muy estrecha entre modernidad, tiempo y espacio. El dinamismo de la modernidad se explica parcialmente (junto con el ordenamiento y reordenamiento reflexivo de las relaciones sociales) por una serie de fenómenos vinculados con la espacialidad de la sociedad moderna: la separación entre tiempo y espacio producen una consecuente regionalización de la vida y el desanclaje de los sistemas sociales (Giddens, 1999). La modernidad es producto de un vaciamiento² del tiempo y del espacio que tiene como correlato la posibilidad de la organización del tiempo al interior del día, simultáneamente la separación entre espacio y lugar fomenta las relaciones con aquellos que no están presentes. Esta separación entre el tiempo y el espacio es aquello que le permite a la modernidad desplegar la organización racionalizada y la historicidad radical que la caracteriza y desanclar, es decir despegar “las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción [para su reestructuración] en indefinidos intervalos espacio-temporales” (Ibíd.: 32). La modernidad se entiende entonces como intrínsecamente globalizadora en virtud de este desanclaje: las relaciones y los acontecimientos, al estirarse en esta cada vez mayor distancia entre tiempo y espacio, se alargan y se dilatan a medida que conectan contextos cada vez más distantes.

“La mundialización puede por tanto definirse como la intensificación de las relaciones sociales en todo el mundo por las que se enlazan lugares lejanos, de tal manera que los acontecimientos locales están configurados por acontecimientos que ocurren a muchos kilómetros de distancia o viceversa. Este es un proceso dialectico puesto que esos acontecimientos locales pueden moverse en dirección inversa a las distantes relaciones que le dieron forma. La transformación local es parte de la mundialización y de la extensión lateral de las conexiones a través del tiempo y del espacio” (Ibíd.: 67-68)

Giddens considera que la riqueza de su propuesta estaría en que pone en el centro y torna comprensible la compleja forma que toman la participación local y la interacción a través de la distancia, al mismo tiempo que vuelve evidente hasta qué punto este proceso de ensanchamiento del mundo es constitutivo de la modernidad.

Modernidad líquida y sólida. El fin de las geografías según Zygmunt Bauman.

Bauman, al igual que Giddens, ubica el origen de la modernidad en una transformación en las categorías ordenadoras de la experiencia espacio-temporal (Bauman, 2005; 2008). La premodernidad se caracterizaba por la medición del espacio a partir de elementos subjetivos, como las distintas partes del cuerpo, ollas, canastas o piedras de tamaños irregulares. Estas formas de medición

antropomórficas o praxeomórficas comenzaron a plantearse como problemáticas durante el surgimiento de los Estados modernos y sus prácticas de administración y organización centralizadas, a los que los diversos sistemas de medición le resultaron ininteligibles. Se desata entonces una “guerra espacial moderna [cuya finalidad] era la subordinación del espacio social a un solo mapa, aquel que elaboraba y sancionaba el Estado” (Bauman, 2005: 43). El espacio debe despojarse de todo elemento subjetivo para volverse racional y uniforme, de forma que cualquier individuo que ocupe el mismo punto vea a los objetos tomar las mismas posiciones y establece las mismas relaciones espaciales³. De forma que

“en lo sucesivo, la disposición espacial de las cosas no dependería de las cualidades del observador sino de la situación plenamente cuantificable del punto de observación, su localización gráfica en un espacio abstracto y vacío, libre de seres humanos, un espacio social y culturalmente indiferente e impersonal. La concepción de la perspectiva logró un doble objetivo, y así sujetó la naturaleza praxeomórfica de la distancia a las necesidades de la nueva homogeneidad promovida por el Estado moderno” (Ibíd.: 45).

El cambio de la relación que los sujetos mantienen con el espacio y el tiempo es aquí la “diferencia que hace a toda la diferencia” (Bauman, 2008:14). Nuevamente es la separación entre espacio, tiempo y práctica vital lo que funda la modernidad: la posibilidad de concebirlos separadamente, como elementos distintos de toda estrategia de acción, cuando se rompe la relación de correspondencia que unía al espacio y al tiempo es cuando finalmente comienza la modernidad. A partir de aquí, el tiempo se torna el principio activo y dinámico, “durante la modernidad la velocidad de movimiento y el acceso a medios de movilidad más rápidos ascendieron hasta llegar a ser el principal instrumento de poder y dominación (Ibíd.: 15). Esta primera modernidad pesada o solida se quiebra con la y da paso a una modernidad ligera o líquida. Es la “muerte del espacio” lo que explica el cambio social de la globalización. Si la modernidad solida se caracterizaba por la conquista del espacio, con grandes maquinarias y enormes industrias territorializadas, si en la era del capital hardware los movimientos eran lentos y pesados y la conquista del espacio era resultado de un tiempo rutinizado que debía ser maleable y reductible por conquistas técnicas, todo esto cambia cuando el espacio se vuelve irrelevante una vez aniquilado el tiempo. En la era del capital software, los avances en los medios de comunicación y transporten permiten realizar desplazamientos y lograr la presencia casi “instantáneamente”, de forma que categorías como cerca o lejos dejan de tener sentido: “el espacio ya no limita la acción ni sus efectos, y cuenta muy poco o nada en absoluto” (Ibíd.: 126). Si todas las partes del espacio pueden ser alcanzadas instantáneamente, entonces ninguna parte del espacio tiene privilegios sobre las otras: el espacio se vuelve homogéneo y uniforme en su valor⁴. Bauman matiza estas aseveraciones, se tratarían más bien de “una condición *liminal* de la historia del tiempo” (Ibíd.: 129. Las cursivas son del autor). Admite que no hay tecnología que haya alcanzado la instantaneidad absoluta ni el espacio ha alcanzado ese punto dramático de irrelevancia. Pero este fenómeno se encuentra en el horizonte cercano de la modernidad.

Compresiones espacio-temporales y aceleración capitalista.

Esta idea de muerte del espacio podría estar inspirada en el mismo concepto propuesto por David Harvey (1998), pero éste le da una significación distinta. En este caso, muerte del espacio no hace referencia a la pérdida del valor estratégico del lugar, sino a los procesos de compresión espacio-temporal que caracterizan al sistema de producción capitalista. Muerte del espacio refiere aquí al achicamiento del mundo, al acortamiento de las distancias y al consecuente desconcierto y angustia que viven aquellos que protagonizan una de estas contracciones.

Con “compresión espacio-temporal”, Harvey refiere a “los procesos que generan una revolución de tal magnitud en las cualidades objetivas del espacio y del tiempo que nos obligan a modificar, a veces de manera radical, nuestra representación del mundo” (Harvey, 1998: 267). Son un fenómeno intrínseco a la modernidad y son experiencias desorientadoras y perturbadoras para aquellas generaciones y tiempos históricos que las sufren.

Hay un punto en que Harvey y Giddens son afines y es en el rol que el dinero tiene en la conformación de prácticas que afectan la producción de espacialidad. Harvey ubica al dinero al mismo nivel que el tiempo y espacio como elementos centrales en la conformación de las reglas de juego que se dan al interior de una sociedad.

“la monetización progresiva de las relaciones en la vida social transforma las cualidades del tiempo y del espacio. [...] separado los ritmos naturales de la vida agraria y divorciado de las significaciones religiosas, mercaderes y señores crearon una nueva red cronológica en la cual quedó atrapada la vida cotidiana” (Ibíd., 253).

El punto de partida histórico de Harvey es el renacimiento, y la reconstrucción radical de perspectivas del tiempo y del espacio que tuvieron lugar en él. Los viajes realizados por los conquistadores a las nuevas tierras demostraron que el globo era finito y cognoscible, la invención del cronómetro también aporta a este proceso en la medida que separa el tiempo humano del tiempo científico y analítico y creando la imagen del tiempo como la flecha que se proyecta hacia adelante. El mapa es nuevamente un prisma con el que analizar el proceso de homogeneización y abstracción del espacio, en la medida que se vuelve un instrumento vital para su conquista y ordenamiento. Sin embargo, aquello que termina de dar forma al espacio como un elemento homogéneo, abstracto, objetivo y universal “fue la propiedad privada de la tierra y la compra y venta del espacio como mercancía” (Ibíd. 282), aunque la competencia entre Estados genera en estos necesidades imperiosas de mayor racionalización y coordinación que también aportaron a este proceso.

Esta primera compresión espacio-temporal estallará durante el transcurso de mediados siglo XIX, cuando la crisis de 1847-1848 demostró que Europa había llegado a un altísimo grado de integración y que ya los acontecimientos que sucedían en una nación podían muy bien afectar a las otras. Así el espacio

absoluto y objetivo estalla en un espacio subjetivo en el que las acciones se pueden ramificar de formas imprevisibles. Una vez terminada la crisis es el comercio el que moviliza a las naciones a la conquista de colonias para obtener un lugar preferencial en el nuevo mercado mundial, generando aún mayor integración y encaminando Europa hacia la Primera Guerra Mundial. La nueva espacialidad de la comprensión modernista se constituía a partir no ya de la objetividad y la homogeneidad, sino a partir de la fragmentación, la aceleración del tiempo y la centralización implosiva. Es cuando aparece por primera vez la tensión entre lo local y global, bajo la forma de la lucha entre una sensibilidad universalista y una sensibilidad localista.

El paso de una comprensión espacio-temporal modernista a una posmodernista está señalada por la crisis del modelo de acumulación fordista y el surgimiento de un modelo de acumulación flexible, en la cual la aceleración de la producción se logra a partir de nuevas formas organizativas (como la desintegración vertical), nuevas tecnologías de comunicación y transporte y producción de series pequeñas. Ahora, la aceleración en los tiempos de producción requiere también una aceleración de los hábitos de intercambio y consumo o se caerá nuevamente en una crisis, de forma que la aceleración lo permea todo.

Aquí, Harvey puede ser puesto en discusión con Bauman: “el colapso de las barreos espaciales no quiere decir que la significación del espacio disminuya” (Ibíd., 324), por el contrario, en un mundo en el que los desplazamientos resultan tan fáciles, los lugares deben competir por la atención del capital bajo pena de perder las pocas fuentes de trabajo e inversiones que las mismas pueden representar. Si cambiar de locación tiene un costo mínimo, entonces el desplazamiento se termina realizando por una ventaja comparativas mínima que en otro momento pudo no justificar la inversión. Así nos volvemos hipersensibles a las ventajas comparativas que la localización tiene para ofrecernos.

¿QUÉ HAY DE NOVEDOSO EN LA CONCEPTUALIZACIÓN DEL ESPACIO DE LAS TEORÍAS DE LA GLOBALIZACIÓN?

Si la modernidad siempre estuvo ligada a una experiencia espacio-temporal problemática y hasta quizás traumática, ¿Qué es lo novedoso con el espacio la globalización? Más allá de las transformaciones en la lógica material que se han dado recientemente y que se han conceptualizado de diversas formas⁵, lo nuevo no es que una teoría de la modernidad contemple el efecto que ésta tiene en las organizaciones espacial de las sociedades, sino la centralidad que toma la dimensión espacio-temporal en una teoría que intenta explicar este proceso.

Esta experiencia espacial, que antes era una mera categoría del pensamiento que tenía origen en las condiciones materiales en las que el individuo concreto realizaba su producción de la vida (Marx, 2004), o en las categorías colectivas de la religión (Durkheim, 2003) o que eran causa y efecto de la economía monetaria y

la vida intelectual de las grandes ciudades (Simmel, 1986), se torna una ahora un concepto que refiere a un proceso macrosocial e histórico de largo plazo.

La relación causal es dada vuelta y la dimensión que era presentada como causalmente posterior a procesos que tenían lugar en aspectos material o intelectual de la sociedad son ahora presentados como aquello que es determinante, o en palabras de Bauman como “la diferencia que hace toda la diferencia” (2008:14). Esto, no solamente es presentado como válido para la globalización o para ciertas transformaciones recientes, sino que es llevado hacia atrás para explicar los orígenes mismos de la modernidad. No se trataría entonces de *teorías de la espacialidad moderna*, sino quizás de *teorías de la modernidad espacial*, en la medida que no son el espacio lo que explican a partir del fenómeno de lo moderno, sino lo moderno a partir del espacio.

En los clásicos, veíamos también como este concepto tenía un carácter material o intelectual y como existían lugares que expresan de forma privilegiada los cambios que la modernidad implicaba para el espacio. La ciudad o el Estado-nación eran los lugares preferenciales para entender las nuevas dinámicas que se estaban conformando porque en ellos sus tendencias latentes eran llevadas a su máxima expresión. Sin embargo, en las teorías de la globalización de Giddens y Bauman están despojadas de un lugar de referencia para la expresión de las tendencias de la modernidad líquida o radical. Pero lo cierto que es que sería problemático proponer un lugar de preferencia porque los lugares mismos se disuelven y pierden su valor (Bauman, 2008), o se desterritorializan y se reterritorializan constantemente (Giddens, 1999).

El concepto de espacio parece tener, para estos teóricos de la globalización, un carácter distinto. No podríamos decir que el mismo tenga un carácter material: el espacio entendido de esa manera, como señala Durkheim (1982), no puede ser más que un elemento pasivo del cambio social, un substrato sobre el que se aplican las fuerzas sociales. Pero en estas teorías parecen tener un rol activo en la producción del cambio social, ya que son los cambios en la espacialidad lo que trae el devenir de la modernidad radical, líquida o posmodernista. Pero este concepto tampoco es un fenómeno meramente cognitivo: las transformaciones que produce tienen sus correlatos en la esfera económica y política, de manera que se torna difícil ubicar este concepto en alguno de los dos polos. Así, el quiebre es doble: con la función que el concepto de espacio cumplía en una teoría de la modernidad, y con la definición del concepto mismo.

“Las nociones de diferenciación o especialización funcional, no son apropiadas para tratar el fenómeno de la regionalización del tiempo-espacio que hacen los sistemas sociales. La imagen que evoca el desanclaje, capacita mejor para captar los cambiantes alineamientos de tiempo-espacio que son de básica importancia para el cambio social en general, y para la naturaleza de la modernidad, en particular” (Giddens, 1999: 32).

Giddens insiste en que su propuesta tiene ventajas sobre una teoría de la diferenciación o la especialización funcional. El potencial explicativo de una *teoría de la modernidad espacial* queda como una cuestión que aún queda por ser analizada.

BIBLIOGRAFÍA

- Bauman, Z. (2005). *La globalización. Consecuencias humanas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2008). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Castells, M. (2004). *La cuestión urbana*. México D.F.: Siglo XXI.
- Castells, M. (2002). *La era de la información: economía, sociedad y cultura: la sociedad red*. Vol. 1. Siglo XXI, México D.F.
- Durkheim, E. (2001). *La división del trabajo social*. Madrid: Akal.
- Durkheim, E. (2003). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Alianza.
- Durkheim, E. (1982). *Las reglas del método sociológico*. Madrid: Ediciones Morata.
- Frisby, D. (1990). *Georg Simmel*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Frisby, D. (2007). *Paisajes Urbanos de la Modernidad. Exploraciones críticas*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes.
- Giddens, A. (1999). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Harvey, D. (2007). *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI.
- Lash, S. y Urry, J. (1998). *Economías de signos y espacios. Sobre el capitalismo de la posorganización*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Lefebvre, H. (1991). *The production of space*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Martínez, E. y López, A. (2002). El desarrollo de la morfología social y la interpretación de las grandes ciudades. *Scripta Nova*. 112.
- Marx, K. (2004). *La ideología alemana*. Buenos Aires: Nuestra América.
- Marx, K. y Engels, F. (2004). *Manifiesto comunista*. Madrid: Akal.
- Ramos Torre, R. (2001). La ciudad en la historia. Comparación, análisis y narración en la sociología histórica de Max Weber. *Política y sociedad*. 38, 45-68.
- Sassen, S. (2003). *Espectros de la globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sassen, S. (2007). *Sociología de la globalización*. Buenos Aires: Katz.
- Simmel, G. (1976). *Filosofía del dinero*. Madrid: Duncker & Humbolt.
- Simmel, G. (1977). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. Volumen 2. Madrid: Revista de Occidente.
- Simmel, G. (1986). *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Ediciones Península.
- Simmel, G. Frisby, D y Featherstone, M. (1997). *Simmel on culture: selected writings. Theory, culture and society*. New York: Sage Publications.
- Weber, M. (1987). *La ciudad*. Madrid: Ediciones La Piqueta.
- Zieleniec, A. (2007). *Space and social theory*. New York: Sage Publication.

¹ De forma esquemática diremos que la primera etapa clasificada por Martínez y López (2002) se puede rastrear en *La división del trabajo social*, donde aún no se encuentra presentada esta temática como una cuestión de morfología social, pero que ya registraba una importancia explicativa en la medida que la vida social era influenciada por el número y la distribución de los individuos. La tercera etapa, se concentra en *L'Année Sociologique*, revista en la que se publicaron intervenciones claves de dos debates sostenidos, por un lado con Georg Simmel sobre el concepto de forma y por el otro con la Geografía Humana y el determinismo ambiental que caracterizaba los estudios de esta última.

² Giddens no provee una definición formal de qué entiende por vaciamiento. El concepto es siempre puesto entre comillas y debería entenderse de forma distinta para el tiempo y el espacio. Pero podría definirse para el tiempo como un proceso de uniformización y abstracción que permite la cuantificación y la designación de zonas, y para el espacio, como la posibilidad de "representación del espacio sin referirse a un lugar privilegiado y la sustituibilidad de diferentes unidades espaciales" (Giddens, 1999: 30).

³ Esta necesidad estatal por lograr la transparencia y la legibilidad del espacio no es realmente nueva: bien se podría encontrar esfuerzos de este tipo en todas las épocas premodernas y en las culturas y regiones más diversas. Lo inédito, lo que aparece por primera vez con la modernidad es la necesidad de hacer de este "objetivo [algo] que se ha de buscar de manera sistemática: una tarea" (Bauman, 2005: 46).

⁴ La idea del lugar perdiendo valor estratégico del lugar en la globalización ha sido fuertemente discutida por Sassen (2003; 2007), Harvey (1998) y Lash y Urry (1998).

⁵ Para consultar algunos estudios sobre las transformaciones que la globalización implicarían en la esfera material ver Sassen (2003, 2007), Lash y Urry (1998), Castells (2002).